

Peque

Hablar de un muerto es fácil: siempre –bien por circunstancias, bien por memoria– sólo se dice lo excelente. En este sentido todo el que muere cobra un rango, lo haya o no tenido en vida. Hablar de un muerto ilustre, sin embargo, tiene sus bemoles. ¿Quién puede predecirlo si no está con nosotros y por eso mora en nuestra intimidad? ¿Quién recordarlo plenamente, si todo –o casi– nos es desconocido por ajeno y aún más, ya desaparecido?

Tratar a alguien es ponerse en contacto, siempre, con fuerzas desconocidas. Es un viaje. Tenemos el peligro de consumirnos en su trayectoria más que nada si, al igual que Peque (tan mínima, tan poderosa) nos deja en el alma marcada en fuego blanco sobre rojo su huella, que, como dicen los alquimistas, se graba para siempre con las molestias de lo imperecedero.

Empezaré como en las malas novelas de cualquier época. La conocí una tarde en casa de Guadalupe Amor, en una cita que Pita prefijó (debo reconocerlo), especialmente para nosotros. “Te encantará, Caramelo, no sabes qué ser humano tan excepcional.” Aquel telefonema, como todos los suyos me dejó caviloso. ¿Quién sería ese ser de quien así se expresaba Pita, siempre rijosa, siempre altanera? Era –lo sentí– una especie de reto. Vivía la poetisa en Duero, en un segundo piso, sitio de extravagantísimos encuentros donde hubo, en su momento, *open houses* entre divertidos y siniestros. Enfrente, al otro lado de la acera, vivía Emilio Prados, partícipe de otra generación extinta. Por Duero pasamos los jóvenes de aquella época incluida, claro, la donación de la Facultad de Filosofía y Letras.

Pita pepenaba, vampirizaba. “No dejes de venir. La he citado a las 5 de la tarde. Te dejo, tengo que ponerme un poco de salvado en el pelo. Besos, Caramelo”. Naturalmente fui. Entré directamente a la recámara. Pita, recargada en su cama, hablaba con alguien muy escondido, sí, en un rincón. Peque estaba sentada con un traje sastre “chanel”, en nada parecida a la que la mayor parte conoció: gorda, sólida, maliciosa, un poquito indecisa.

Se hallaba en la semi-oscuridad de la tarde, agazapada, hablando con una vocecita casi nula; siempre, también, metida en huecos insondables. Es obvio que de inmediato la aprehendí. La arranqué de su sitio y bonitamente la guardé en mi interior, como se conserva una reliquia, o mejor, un talismán. Porque (ahora lo sé) eso es ella para mí, un objeto que, consabidamente tratado, nos beneficia a su contacto.

No sé si Pita tuvo capacidad de sentir celos (su vanidad le permitía en cambio padecerlos) pero yo, celoso, el más de mis amigos, habría caído enfermo en caso de que Peque a otro y no a mí hubiera preferido. Lo digo de verdad, colocado en aquel momento, porque después varían las cosas y al envejecer no requerimos de los talismanes en los bolsillos; nos basta, con la memoria, acariciarlos.

Y así fue. Nuestra amistad –con los tropiezos de mis reclamos– duró desde entonces hasta ahora: es decir, casi 40 años. Bellas y horribles décadas en que lo compartimos todo: mis enfermedades, sus borracheras, mis viajes, sus amores, mi impaciencia y desdén, su iracundia que estrangulaba su voz por la emoción. Su amor “no llores, ya pasará, al fin y al cabo estás aquí, conmigo. Yo me quedaré en el sofá, tú, en mi cama. Descansa. Ya no tienes temperatura”.

Por aquellos años –o algunos después– empezó a enseñarnos tímidamente *El libro vacío*, del que hacía meticulosas correcciones. “No deseo cansarlos. Yo no sé escribir; tampoco soy culta. En realidad ignoro el por qué de estos borrones. ¡Son tan aburridos! Pero ¿qué voy a hacer si José García es un hombre mediocre, el ‘otro’ que en mí existe?” La presionábamos. Generalmente acudíamos la propia Guadalupe, María Luisa Algarra, Toño Peláez, Olivia Zúñiga, Tita y yo. A veces, también, Soriano, Carito Amor, varios y agregados. El bordado de los dos libros –la lectura de un libro inexistente –nos obligaba a comentarios precavidos. Era como hilvanar negro sobre negro emologando a un Sciascia desconocido, en donde acudía por escrito la mediocridad para obtener su alcurnia; una alcurnia naturalmente extraña porque lo que escuchábamos era lo opuesto a una trama brillante; a la vida como placer y como lujo. Surgía el dios cotidiano, gris, cuya alquimia se reconoce cuando las hojas del libro vacío a sí mismas traicionaban la apariencia para volverse malignamente inteligentes. Porque Peque obligaba a su personaje a la mediocridad, embalsamándolo con ella. Por temor, tal vez, a que aquella su mancha interior –que todos la tenemos– pudiera ampliarse y degradarla. De ahí la lucha del vacío para hacerlo: para rechazar la inteligencia y vencerla.

Él –José García– era ella; ella era él; él no era ella; ella no era él. Aquel jugar con la androginia me paralizaba de placer, como todo lo que saliera de la boca, de la pluma, del ser entero de Peque. Pues además de un talismán para mí, fue, para todos, un seductor. Terminaba –de proponérselo– con la brillante fantasía de Pita, con la aparatosa belleza de la Félix, con la cultura y maldad de la Garro, con los manotazos virtuales y reales de Lupe Marín, fiera sin domar, si las había; con el encanto interminable de Toño; cayendo interminablemente sobre sus dos temas preferidos: la Garbo y París, París y la Garbo. También con mis parrafadas entre eruditas, pedantes, pseudo-inteligentes; llenas, también de soledad. Hablábamos sin cesar. Pero inventábamos juegos, como escribimos cartas y leerlas juntos los fines de semana, en casa de O’Gorman. Se proponían temas. Se cenaba. Tomábamos la copa. La amistad era promiscua y tentacular, divertida y, a lo Laclos, peligrosa: riñas, cercanías, pleitos, besos, telefonemas de agresiones y arrepentimientos.

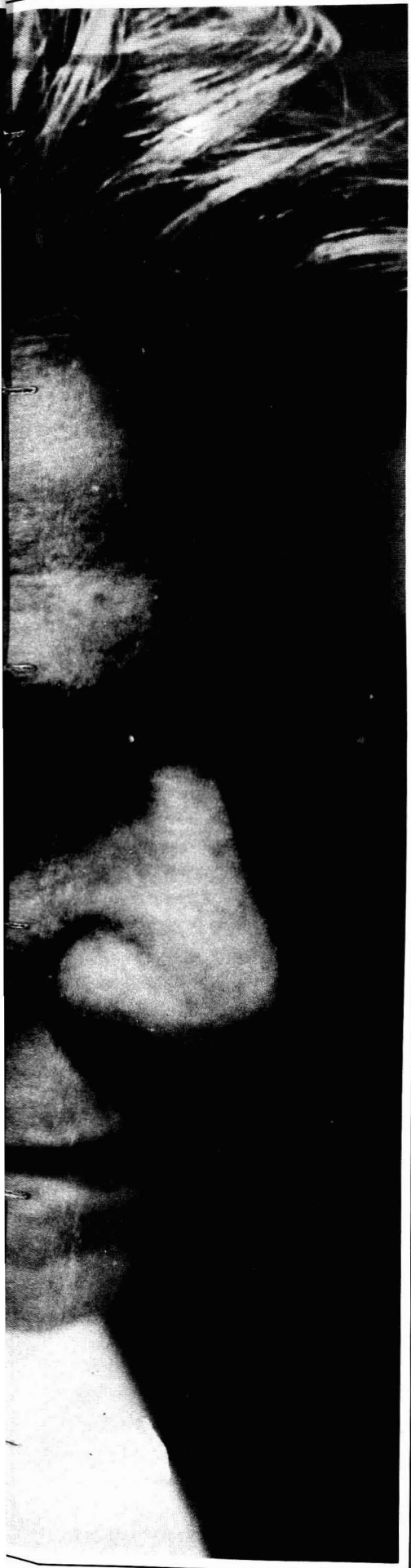
Por aquella época surgió un asunto misterioso. Inventé una cena. La cocina de mi madre era excelente y nadie de nosotros en aquella época se cuidaba de nada: la vida entraba en abundancia, como tiene que ser, para después salir. Recuerdo, exactamente, a Lilia Carrillo, a Juan Ibáñez, a Sergio Pitol, a Pilar Pellicer y, claro, a la propia Peque. No sé por qué improvisamos una ouija. Y ante nosotros, créase o no, se hizo el milagro: aparecieron algunas entidades –como se dice en el espiritismo– de modo que tan escalofriantes fueron los resultados que nada tuvimos que envidiar a Hans Castorp cuando contempla el cuerpo astral de su primo Joachim.

Peque se aficionó; se inficionó; comprobó datos de difuntos que hablaron con nosotros. Con el tiempo discreta o abiertamente, por miedo, los demás nos hicimos ojo de hormiga. Pero ella: “Es fascinante. ¿Te das cuenta? No me lo vas a creer, pero ayer fuimos Gloria Barrera y yo a la calle de Bahía de Santa Magdalena, al 128, como nos dijo José García durante la sesión. Me abrió una criada. Pregunté por él; se me contestó que ya no; que había muerto un mes atrás, exactamente un mes antes del día en que se comunicó con nosotros dándonos su dirección y el lugar exacto donde lo enterraron.” El caso fue que un hombre así llamado –el homónimo del personaje de *El libro vacío*– pidió precisamente hablar con Josefina. El libro se había publicado meses antes, de modo que él lo leyó justo para morir. Nos dijo que su identificación con José García fue tan estrecha que al mover nosotros la ouija, acudió al llamado para poder hablar con Peque.

“¿Comunicarse con un muerto!” Ella me decía que deseaba morir pronto, muy pronto, *para saber qué había*, “pero así son las cosas de desproporcionadas, mira tú qué ambición, yo, una mediocre.” Cigarrillo tras cigarrillo (era el mejor compañero de su vida porque la presionaba a envejecer y a morir) cualquier tema que cayera en sus manos tenía dos caras: una –la que fuera– y la otra, empalmada siempre, siempre tanática pero no necesariamente sombría. Y siguió adelante en tal búsqueda, que si no fue la de los muertos sí la del más allá.



Josefina Vicens. Archivo fotográfico, Dirección de Literatura



Por lo demás era una gran lectora; también una formidable conversadora, pero tal vez su mayor virtud consistía en escuchar. Lo minúsculo, en ella, se convertía en lo magno. Penetraba en los demás, se expandía apesándonos sin hacerlo sentir, porque se empequeñecía para no estorbar y desde el escondrijo se complacía en dar, en entregarse (ya en un consejo certero, ya en una caricia, ya en una sonrisa indescifrable): “¿Te imaginas la vida de un panteón? Vida, ¿puedes creérmelo? Porque los muertos la poseen. Yo también quiero, como ellos, estar en una tumba. Acaso mi libro –el verdaderamente vacío– es el que debo llenar con mi propio cadáver. Pero entonces, ¿quién lo escribirá? ¿Serás tú?”

Con trabajos enormes finalizó aquellas apretadas, dolorosas, punzantes, durísimas páginas: “No sé escribir. No puedo.” Era como si José García le impidiera todo movimiento. “Ha resultado ser mi mejor enemigo, pero tiene razón. Soy la Venus de Milo porque él me corta los brazos.” Y sonreía del despropósito.

“Está enterrado en el Panteón Jardín. Gloria y yo preguntamos en la oficina, a mano izquierda. Fue muy fácil”, a ver, a ver... Aquí está: José García, 7 de octubre de 1978. Un muchachito de los que riegan los floreros nos llevó hasta el lugar. Por supuesto aún estaba la tierra amontonada, con una cruz de madera y ramos apretados y marchitos. Entonces pudimos comprobar que su aparición no fue paradójicamente aparente. Sólo lo es la de los vivos.” Con los años se hizo, si cabe, más pequeña, más frágil, “el puro esqueletito” como las calacas que, según ella, tanto se le asemejaban. “Peso lo que valgo”, decía con entusiasmo. “Si hubiera tenido las agallas de Sor Juana quizá hasta hubiera intentado la felicidad”. Amó a Rilke, a la Dickinson; yo le entregué, entero y verdadero, a Jorge Cuesta, quien hubiera podido dedicarle la serie entera de sus tanáticos sonetos:

Hora que fue, feliz, aún incompleta,
de mí no tiene ya, para ser mía,
sino los ojos que la ven vacía,
despojada de mí, sorda y secreta.

Se me borra su voz, y no interpreta
sus ecos póstumos la fantasía,
que vida ajena y emboscada cría,
en mi dicha más íntima y sujeta.

Prófugo, ausente el gozo en que se apura
el ocio vivo y la pasión futura,
no arranca más a mi exterior abismo
memoria que se nubla y se suprime
y mirar que la muerte se aproxime
y una oscura insistencia de sí mismo.

Cuando me llamaron para darme la noticia de su agonía estaba ya inconsciente. “Ven sólo si vuelve en sí. Te llamo más tarde para darte noticias.” No me sorprendió. De la gente que he conocido era la única auténticamente enamorada de la muerte, aun cuando su sentido del humor la disfrazaba algunas veces. Cuando llegué al hospital su hermana le dijo quién estaba a su lado. Sonrió. Aquel espíritu superior se negaba a seguir atado a un cuerpo enemigo desde siempre, a pesar del placer. El “abismo exterior” de Jorge Cuesta era el del que Peque, ahora, se fugaba. Le tomé una mano, hincado; la besé despacio, como si tuviéramos mucho tiempo para las caricias. Poco después perdió de nuevo la conciencia y yo salí.

“Me asombras siempre. Jamás nadie ha sido tan fuerte y temerario como tú. Me das idea de que vas por un alambre, dando pasos de equilibrista, o de que en el trapecio nada te importan, al saltarlos, los abismos.” Era su forma de alentarme, de coger mis pedazos, de ayudarme a seguir. La leve voz de Peque no se me borra aún, ni es tiempo ya de que eso ocurra. En el talismán, hecho de pan ácimo, dos o tres arcanos mayores del Tarot, entre los que se encuentra el suyo, y algunos versos de Cernuda. Peque es parte de una constelación lunar, de las que cambian ciclo a ciclo. Pero, por ser vieja en el mundo, jamás reencarnará. ¿Qué haría otra vez entre nosotros si despreciaba el “vil semblante” con el que nos cubrimos mientras estamos vivos? ◇